

capitulum octos sordidos y viciados  
-ros pueros-



vila oma

el gran pontifice del ynga

# Chile bajo el Imperio de los Inkas

José Berenguer R.



Manco Inca, personaje investido como Sapa Inca por los españoles en Cuzco. Después se levantaría contra los conquistadores (Guamán Poma 1980 [ca. 1615]).

Imagen de Villac Umu, dignatario incaico a cargo del culto estatal y la custodia de los metales preciosos según Martín de Murúa (1946 [1590]).

A fines de octubre de 1535, Huayllullo se encontró cara a cara con los españoles en Tupiza. Venía de Chile trayendo el presente habitual en oro que este lejano reino ofrecía al “rey universal del Perú”. El cargamento era portado sobre varias andas revestidas con guarniciones de oro portadas al hombro por los indios principales. Consistía en barras y tejas de oro fino y dos grandes pepas del mismo metal. Las piezas traían estampada la figura del Inka y seguramente habían sido fundidas a orillas del Marga Marga, estero vecino a Quillota cuyos ricos placeres gozaban de merecida fama en esta parte del Tawantinsuyu.

El funcionario incaico estaba bien informado de los últimos acontecimientos. Los *chaskis* le habían dado oportuno aviso de la muerte de Atahualpa a manos de Francisco Pizarro en Cajamarca, de la fingida obediencia que su sucesor, Manco Inca, prestaba a los españoles en el Cuzco y de la sublevación que éste preparaba en todos los Andes. Había elegido el camino del Tucumán para llevar estos tesoros a la capital por ser más seguro, pero a lo largo de la travesía constató los estragos que habían producido las noticias de un Perú invadido y un imperio moribundo. Muchos de los aposentos incaicos, que antaño brindaban albergue, comida, bebida y protección a las comitivas oficiales, se hallaban ahora abandonados. Quizás -pensó Huayllullo- habría sido mejor hacer la ruta de regreso por el camino del despoblado de Atacama. Así habría evitado toparse con esta enorme columna de invasores.

A Diego de Almagro le brillaban los ojos cuando le comunicó a Huayllullo que ya estaba libre de semejantes tributos, pues el rey del Perú era ahora el emperador Carlos V y sólo a él le debía obediencia. Después de todo, la valiosa caravana le confirmaba lo que otros le habían informado antes de partir: el reino hacia el cual se dirigía poseía grandes





riquezas. Impelió al funcionario a sumarse a su expedición, argumentando que la finalidad de su viaje había cesado.

La verdad es que no había cómo resistirse. Almagro comandaba una hueste de unos 20 mil hombres, entre españoles, negros africanos e indígenas. Además, venía acompañado por un séquito inka del más alto nivel, encabezado por Villac Umu, importante dignatario a cargo del culto estatal y la custodia de los metales preciosos, y del Inka Paulo, hermano de Manco Inka. El Adelantado no demoró ni un instante en apropiarse del tesoro y a Huayllullo no le quedó otra alternativa que devolverse con él a Chile.

Este relato se basa libremente en la *Crónica del Reino de Chile*, de Pedro Mariño de Lobera. La síntesis que desarrollamos a continuación también se fundamenta en algunos cronistas de esa época, pero, sobre todo, en diversos estudios de arqueólogos y otros investigadores modernos. Intenta ofrecer un panorama aproximado de la ocupación inkaica en el territorio que actualmente conocemos como Chile.



Diadema, orejeras y disco de plata (MNAAHP, M-4638, M-6253/6254, M-7070; fotos: Daniel Giannoni). *Tupus* de oro (MALS; foto: Fernando Maldonado).

Estos metales eran de uso exclusivo del Inka, la casta real y, en algunas ocasiones, los "inkas de privilegio".